

vamos. Ya ven, mi hijo ha muerto y yo vivo. ¡Qué cosas! La muerte se ha equivocado de puerta... En lugar de venir a mí, ha ido a mi hijo.

Iona se vuelve para contar cómo ha muerto su hijo.

Pero el jorobado, lanzando un ligero suspiro, anuncia que gracias a Dios han llegado... Iona recibe sus veinte kopeks y se queda mirando a los jóvenes que desaparecen por un portal sombrío.

¡Solo otra vez! Y una vez más empieza el silencio... Su pena, un instante calmada, renace y angustia su pecho con una fuerza mayor. Los ojos de Iona recorren ansiosos los grupos de gentes que se apresuran por los dos lados de la calle; ¿no se hallará entre aquellos miles de personas alguna que le oyera? Pero las gentes pasan sin fijarse en él ni en su pena...

¡Pena enorme, sin límites! Si el pecho de Iona estallara y su angustia se esparciese, parece que inundaría el mundo entero, y sin embargo nadie la ve.

Iona ve a un agente y se decide a hablar con él.

—Amigo—le dice,—¿qué hora puede ser?

—Las nueve dadas... ¿Por qué te paras aquí?—le respondió el agente.—Sigue.

Iona avanza algunos pasos, se recoge sobre sí mismo y se entrega a su pena... Ve ya que dirigirse a las gentes es trabajo perdido.

No han transcurrido cinco minutos, cuando levanta la cabeza como si sintiera un dolor agudo, y tira de las riendas... No puede más. «Al relevo—se dice,—al relevo.»

El caballo, como si lo comprendiera también, empieza a trotar. Al cabo de una hora y media, Iona se había calentado junto a una gran estufa. Otras personas roncan tumbadas en el suelo. Hay una atmósfera irrespirable... Iona mira a los que duermen, se rasca la cabeza y se arrepiente de haber vuelto tan pronto.

«Ni siquiera he ganado mi avena—piensa;—por ésto me aburro... Un hombre que hace lo que debe hacer, cuando ha comido y su caballo también, está siempre tranquilo.

Un cochero joven se levanta desde un rincón, se queja medio dormido y va a coger un jarro de agua.

—¿Tienes sed?

—Sí.

—Pues bien, a tu salud. ¿No sabes, hermano, que mi hijo ha muerto esta semana en el hospital? Es una historia.

Iona quiere ver el efecto que han producido sus palabras, pero no ve nada. El cochero se ha vuelto a tapar la cabeza, y duerme. Iona suspira... Va a hacer ya una semana que su hijo ha muerto, y todavía no ha podido decirselo tranquilamente a nadie. Habría que decirlo con orden, reposadamente; contar cómo su hijo cayó enfermo, cómo sufrió, lo que dijo antes de morir y cómo murió... Habría que contar su entierro. Le queda una hija en el pueblo, Anisia; también habría que hablar de ella. ¡Quisiera hablar de tantas cosas!... El que le escuchara suspiraría, gemiría y sabría compadecerle. Contárselo a las mujeres sería mejor aun; son tontas, pero basta con dos palabras para hacerlas llorar.

Tengo que ir a ver mi caballo—se dice Iona.—¡Ya tendrás tiempo de dormir! No tengas miedo, dormirás bastante.

Va a la cuadra.

Piensa en la avena, en el heno, en el tiempo que hace.

No puede pensar en su hijo cuando está solo. Podría hablar de él con alguien; pero pensar en él estando solo y representárselo en vida, es atrozmente penoso.

—¿Comes?—pregunta a su caballo.

—Vamos, come, come. Puesto que no hemos ganado para avena, comamos heno... Sí... Ya estoy viejo para hacer de cochero... A mi hijo le iba bien, pero no a mí. Él era un verdadero cochero. No tenía más que vivir.

A los maestros: Acabamos de recibir la importante obra
Cuadros de la Naturaleza, de J. ANTONIO URIBE.